

se habia enamorado perdidamente de Italia, cual pudiera enamorarse con locura en edad temprana de una hermosa jóven. Llamado á la reserva, no sabía cómo proceder para desprenderse de tal carga opuesta por completo á su deseo, embargado por el anhelo de la patria, que creia merecer en la religion de su entusiasmo. Así, desertó de las banderas del Austria, y se acogió al patrocinio de Italia. Pasó, pues, de los cuarteles austriacos á las escuelas romanas, donde aparecia como un apóstol y un mártir de su ciudad irredenta, ciudad italiana por la geografía y por la lengua, si austriaca por una secular dominacion y una vieja conquista. En Roma, la exaltacion natural á quien tenía tales antecedentes creció mucho, hasta darle aquella sed inextinguible de martirio, que despierta la tierra de los mártires. En todas las manifestaciones políticas veíasele con frecuencia encendiendo los ánimos y excitando al combate. Para su fantasía enardecida, ningun título tan ilustre y honroso cual ese título de romano, que han lucido tantos y tantos héroes en la antigua y en la moderna historia. Por consiguiente, nada tan fácil como comprender á la romana los caracteres de la virtud y pensar que podia servir á la patria de su eleccion personal con hechos como los antiguos de Casio y Bruto. Así, pensó en asesinar al Emperador de Austria, y este pensamiento le con-

dujo á Trieste cuando el postrer imperial viaje, y ya en Trieste; cayó bajo el poder de los consejos de guerra, que le condenaron á muerte.

Jóven, elocuente, de alta estatura, de rubio cabello y azules ojos, tenía todos los caracteres de un apóstol, y las gentes más prosaicas adivinaban, ora en sus palabras de ferventísima exaltacion, ora en sus miradas de fuego, el destinado á pelear y á morir por el pueblo de sus decididas preferencias. Así, cuando llegó á Italia la noticia de la terrible suerte que le aguardaba, conmovióse la nacion toda, especialmente la juventud liberal, desde un extremo á otro extremo de la Península, y acudió á todos los medios, á todos, de conservar una vida en peligro sugeridos por el afecto. Las personas de mayor influencia intercedieron. La solemne voz de Víctor Hugo sonó. Pero la razon de Estado ha prevalecido en los Consejos imperiales, y el enamorado de Italia ¡oh! acaba de morir en una horca.

El relato de sus últimas horas ha corrido por todas las regiones del suelo itálico. Quién describe su serenidad, quién su entereza, quién su patriotismo, quién su resignacion sublime al holocausto y al martirio. Éste cuenta que no tuvo una hora de intranquilo desfallecimiento, y aquél que fué al cadalso como sólo saben ir los verdaderos mártires, comprendiendo la enormidad del sacrificio y

aceptándola como el complemento austero de un deber penoso. Cuentan todavía más; cuentan que lanzado al vacío, sus estremecimientos fueron horribles, repitiéndose á largos intervalos, en que parecia como yerto, para colmar el propio sacrificio y justificar el horror ajeno. Todos estos relatos han corrido de boca en boca y se han agrandado con verdadera grandeza, la que tienen de suyo naturalmente sobre nuestro sombrío planeta los misterios todos de la muerte. Y ha sido universal, sí, el estremecimiento de la juventud italiana, que ha sentido en el frio lazo al cuello de su mártir ceñido los últimos restos de las ligaduras que por espacio de muchos siglos han ceñido y atado al carro de Austria los miembros encadenados de Italia. En tal situacion, hanse las manifestaciones sucedido con una grande celeridad, y han tomado un carácter de horrible hostilidad al Imperio austriaco. En las altas regiones de la política, los hombres de Estado verdaderos lamentan tamaña imprudencia y temen que siembre gérmenes de discordia entre Alemania é Italia, puesto que Alemania se halla indisolublemente unida por necesidad en estos supremos instantes al Imperio austriaco. La verdad, es que por todas partes se descubren sombras y sombras espesísimas en los horizontes de Europa.

Vuelve á presentarse como un factor importan-

tísimo de la política europea al Imperio ruso. El viaje último de su primer ministro Giers, que ha conversado con Bismarck en Varzin y con Mancini en Roma, engendra innumerables aprensiones y suscita muchos y muy graves problemas. Ese inmenso Estado, á pesar de la debilidad que le presta su poblacion escasa en sus inmensos dominios, tiende por el Occidente á dirigir sus líneas férreas estratégicas sobre las regiones centrales de Europa, y tiende por el Oriente á disputar el incontrastable predominio inglés en el vasto continente asiático. Á mayor abundamiento, su ejército se organiza con mayor pujanza cada dia, y sus armamentos se concentran con mayor fuerza en Armenia, punto estratégico de primer órden para maniobrar pronto, así en los territorios asiáticos cual en los territorios europeos del agonizante Imperio turco. Rusia tiene con seguridad enclavados dentro de Turquía dos príncipes, los cuales han de moverse á una señal suya como á ella le plazca. Es uno el Príncipe de Montenegro, y es otro el Príncipe de Bulgaria, especie de vasallos feudales obligados por sus posiciones respectivas á obedecer el indiscutible mandato de Rusia.

Podria este colosal Imperio indudablemente moverse con desembarazo, de no tener en sí la grave dificultad de sus agitaciones interiores, tanto

más temibles cuanto más ocultas. A cada paso que dais sobre la tierra de Rusia, sentis bajo vuestras plantas la oscilacion de un terremoto y el cráter de un volcan. Diríase que aquel suelo se levanta, no sobre las bases graníticas de todo el planeta, sino sobre los círculos tempestuosos de una continúa tormenta. Las sociedades secretas extienden sus mallas espesas desde la corona del soberano hasta la cabaña del mugick. Los periódicos clandestinos parecen redactados por genios invisibles y llovidos por misteriosas nubes. En ninguna parte se siente con tanta verdad tal estado como en las Universidades, en esos centros de las ideas y de las esperanzas donde se renuevan los Estados con la savia recibida de las venas en que la vida universal circula con más ardor, de las venas de la juventud. Todos los conocedores de Rusia pintan á una con los más sombríos colores la triste condicion del estudiante moscovita. Como no existen allí las clases medias con el poder y con la fuerza que gozan en Francia, no puede haber esos estudiantes alegres, vivos, retozones, inquietos, que llevan por todas partes el movimiento natural de su interior y propio regocijo. Pobres hasta la miseria, enflaquecidos y enfermos por el hambre, los estudiantes rusos suelen distinguirse de todos los estudiantes europeos por la contradiccion inconciliable y eterna entre su mísera suerte y sus altas y constantes aspira-

ciones. Educados luégo en aquellas Universidades parecidas á cuarteles, ó por catedráticos ortodoxos que hacen de la religion bizantina una especie de mecanismo, ó por catedráticos materialistas que hacen del pensamiento una fuerza material, despeñanse necesariamente sus inteligencias y sus corazones por los agrios desfiladeros de un desconsolador nihilismo. Tal estado de los ánimos engendra por fuerza una constante agitacion y derrama por doquier una eterna zozobra.

Así, las medidas más simples traen los resultados más desastrosos. Como quiera que ciertas clases no pueden mandar sus hijos al estudio si carecen de oficial apoyo, las autoridades burocráticas tienen que ocurrir á esta necesidad y que fundar innumerables becas. Tales becas daban derecho en otro tiempo á una pension mínima, pero que, cobrada personalmente, convenia para los estudios y dejaba en libertad á sus poseedores. El deseo de disciplinarlo todo y de someterlo todo al régimen militar de los cuarteles ha hecho que los estudiantes rusos se hallen hoy con una reforma, en cuya virtud, para disfrutar las becas, tendrán que vivir en comunidad como frailes y que someterse á una severa disciplina como soldados. El disgusto ha sido general en Rusia. Los estudiantes de Petersburgo han comenzado por expresar, bien ruidosamente por cierto, una protesta vehementísima, y

á los estudiantes de Petersburgo han seguido los estudiantes de Moscou, y á los estudiantes de Moscou han seguido los estudiantes de Kiew, dilatándose por todas partes con mucho empeño esta especie de pronunciamiento estudiantil. Y ha intervenido en su represion desde la policía hasta el ejército, desde los agentes administrativos hasta los tribunales ordinarios, para encontrar al fin y al cabo que toda Rusia, y mucho más la Rusia joven, se encuentra hoy tristemente minada por las devastadoras fuerzas del nihilismo.

Así, no es mucho que la ceremonia de coronar al Emperador se dilate indefinidamente. Los czares de Rusia no lo son á la verdad en toda la plenitud del poder hasta que no han sido consagrados, de igual suerte que los reyes de Aragon y Cataluña no eran verdaderos reyes hasta que no habian jurado los fueros sacrosantos de ambos pueblos. Por la consagracion el autócrata reconoce algunas limitaciones á su poder absoluto, siquier provengan estas limitaciones de un poder tan cómplice del absolutismo como el poder de la Iglesia. La coronacion equivalia en Rusia y en los pueblos adheridos á Rusia, equivalia en el fondo á un contrato con la nacion y al reconocimiento de que vive con alguna independencia hasta donde parece como desaparecida y muerta bajo el sudario de un manto imperial y bajo el peso de una férrea corona.

Es un acto de tal naturaleza la coronacion de los czares, que los rusos lo elevan allá, en sus letras patrias, á mística leyenda. El Kremlin de Moscou guarda recuerdos vivos de tales ceremonias tras sus muros blancos cual los mármoles y sus torres verdes cual las selvas y sus puertas del color sonrosado de los arreboles del ocaso. Allí están las catedrales en cuyos hieráticos senos las fórmulas de la coronacion se guardan como los dogmas religiosos en los antiguos santuarios. Allí está el trono portátil de madera esculpida bajo el cual ayer se consagraba Waldimiro el Monomaco y se consagran hoy sus poderosos descendientes. Las grandes y rígidas figuras bizantinas con sus líneas sagradas, con sus ojos fijos, con sus mantos litúrgicos y con sus peanas angélicas, parecen formar allí el calendario vivo y animado de la horrible autocracia eslava. Cuando se ven aquellas alas de oro, aquellos nimbos cuajados de piedras preciosas, aquellas reliquias incrustadas en paredes por los artistas griegos esculpidas y cinceladas, parece que veis en formas y relieves la ortodoxia bizantina en su Empíreo y con todas sus innumerables jerarquías.

No hay tradicion alguna tan arraigada en Rusia como la tradicion del épico ceremonial relativo á las coronaciones. Sus mayores publicistas, sus primeros poetas las describen con la sencillez de Ho-

mero, creyendo que toda su grandeza está en su pristina y antigua originalidad. Cuando leéis tales páginas creeríais leer anales propios de las córtes asiáticas y asistir á ceremonias dignas del Oriente. Los arciprestes precedidos de la cruz, acompañados de diáconos que llevan el agua lustral en jarros de oro, bendicen, rociándolo, el camino que ha de seguir y pisar la persona del Emperador. Ningun cortejo puede haber en el mundo que se asemeje al cortejo de los czares, con sus ministros vestidos á la europea; con sus damas de honor peinadas á la rusa; con los representantes de los mercados y ciudades envueltos en sus túnicas recamadas de oro; con los chinos y sus trajes de bordados varios; con los tártaros ceñidos de pieles finísimas; con los georgianos de pantalones bombachos y yataganes corbos; con los persas, que parecen sacerdotes de antiguos templos; con los turcomanos medio salvajes, luciendo unos las condecoraciones de las primeras córtes del mundo y otros los arreos de las primitivas selvas, llevando éstos á la espalda su escopeta de caza como si estuvieran todavía en los desiertos de la estepa, y aquéllos su sable bruñido y cincelado como un símbolo verdadero de las grandezas y esplendores propios de las várias razas del Asia. Son de ver los guardias imperiales con sus corazas rojas sembradas con estrellas de plata; los heraldos con su

traje de áureo tisú, la toca de encendida escarlata y la maza de oro macizo; los elérgicos mitrados con sus dalmáticas rociadas de pedrería, sus tiaras persas en la cabeza, sus ricos incensarios en las manos; los palios que semejan águilas abriendo sus alas para los combates; en fin, los tronos que creeríais sedes verdaderas de dioses, los símbolos varios de la desmedida omnipotencia.

Pues bien; todas estas grandezas, todas, se ven detenidas y contrastadas por una conjuración enorme, tanto más de temer cuanto que se halla en todas partes y no se la ve y no se la toca en ninguna. Impalpable, fantástica, incoercible, cual esos seres fingidos por las leyendas de la Edad Media, vestiglos y vampiros que chupan allá en su sed rabiosa la sangre de Rusia, persiguiendo con persecuciones incansables á sus nefastos czares. Rusia en tal estado sólo puede tener una salida, la guerra exterior. Miéntras no se divierta su espíritu inquieto de la interior concentración que hoy lo consume y lo postra, no habrá, no, esperanza de quietud para pueblo tan desgarrado por ambiciones imposibles, nacidas todas de fantásticos ensueños. El Czar, encerrado en Gatchina, convertido en una especie de divinidad invisible como los micados asiáticos, no puede salir del tristísimo y apartado retiro donde se consume sino para una guerra tan poderosa y grande que llegue hasta

romper y desquiciar el planeta como una catástrofe apocalíptica.

De aquí el que Rusia no descansa hoy un punto en urdir política de tal género aviesa que atraiga tarde ó temprano un conflicto universal. Para los rusos hay cuatro gérmenes de batallas ciclópeas en el presente mundo europeo. Es uno de ellos el despojo y botín que ha de resultar para las potencias circunvecinas del postrimer día de los sultanes y su Imperio. Es otro de ellos la rivalidad eterna de la raza germánica y de la raza eslava, sujetas como las especies enemigas á eternas é irremisibles guerras. Es otro de ellos el empeño de Austria por disputarle al Imperio ruso una parte de la península balcánica y otra parte de la tutela eslava. Es otro de ellos el poder de Inglaterra sobre Asia, poder que le disputará siempre, y con grandísimo empeño, una potencia tan asiática y tan formidable como Rusia. En estas tremendas complicaciones se ven surgir elementos tales de guerra y destruccion, que pueden compararse con las fuerzas ciegas de la muerte. Cualquiera diria que va el mundo á quedar prendido en el manto de los czares como la pobre mosca en las telas de la araña. Así, la política rusa va poco á poco apoderándose del centro misterioso de la region asiática y ramificando las diversas razas contradictorias que pululan en sus inmensos senos.

Lo que más prueba su angustia en este momento y su necesidad de prepararse con una grande anticipacion á las eventualidades futuras, es el cambio de política respecto á Polonia. Todo el mundo sabe, ó por lo ménos todo el mundo recuerda, que Rusia, en su amor supersticioso á las razas esclavas, exceptuaba siempre la infeliz Polonia. Carne de su carne, sangre de su sangre, alma de su alma, no habian bastado, no, todos estos antiguos títulos y timbres para matar un ódio nacido del recuerdo de la antigua servidumbre rusa á que dió lugar la conquista polaca sobre los moscovitas, de la cual fué luégo tardío pero cruel desquite la desmembracion y el repartimiento consumados en los días de la grande y terrible Catalina. Desde tal conquista los rusos no pudieron ver á los polacos, y desde tal desmembracion los polacos no pudieron ver á los rusos. Cuantos moscovitas querian la unidad eslava chocaban á una con esa Polonia rebelde siempre y protestando siempre contra las demas naciones de su propia familia, y especialmente contra Rusia. Descoyuntada, disyecta, dividida, rotos sus miembros, despedazadas sus carnes, Rusia no ha tenido piedad de Polonia, ni Polonia voluntaria sumision á Rusia. Cada tres ó cuatro lustros la nacion mártir se ha levantado en el potro de sus tormentos para decir y significar que no habia concluido su martirio, porque no

habia concluido su vida. Pues bien; ahora, en este momento histórico, Rusia teme tanto la union de austriacos, alemanes y escandinavos contra ella, que intenta reconciliarse con Polonia la mártir, á fin de oponer á los ódios de tantas razas enemigas la unidad y la fuerza de la familia eslava.

Uno de los acontecimientos que más han movido el pensamiento ruso á las grandes maquinaciones de que saldrá indudablemente la guerra, es el triunfo incondicional de los ingleses en Egipto. La Turquía desmembrada, y no en provecho de Rusia; el leopardo inglés sobre la cúspide altísima de las pirámides africanas; los caballeros de San Jorge por las orillas del Nilo; el Jetif preso en su palacio; el general de los tropas egipcias conducido á Ceylan: todo este contraste profundísimo de las últimas operaciones realizadas por los rusos en Turquía durante su postrer campaña, y todo este desquite británico, que, no satisfecho con la isla de Chipre, toma tambien la tierra de los Faraones, ha sublevado la conciencia moscovita, dirigiéndola resueltamente á pensar en nuevas empresas orientales.

Y los sucesos apremian. Lord Duferin, el embajador mismo de Inglaterra que ha luchado con tanto empeño en Constantinopla contra la influencia rusa, dispone á su antojo del Egipto. Nuevos tribunales se fundan. Nuevas comisiones de per-

cepcion de impuestos se organizan. El Jetif, tan sumiso, parece á los ojos británicos soberbio, y está bien cerca de ser destronado y depuesto para que le suceda un niño, sobre cuya cabeza pueda ejercer el grande Imperio sajón una simulada regencia. El código penal y el código civil dejaron de inspirarse allá en los principios del Koran para inspirarse de algun otro modo en los principios de la legislacion británica. La tierra de Egipto será definitivamente anexionada, por este ó por el otro camino, por un protectorado más ó menos amplio, más ó menos hipócrita, á la tierra británica. Y esto no lo puede consentir Rusia, porque de seguro equivaldria hoy á una disminucion del poder ruso en Oriente.

Lo que más indigna hoy á los diplomáticos moscovitas es el hipócrita lenguaje de la cancillería británica. Al mismo tiempo que condenan en bélicos tribunales al desgraciado Arabi, ensalzan su programa. Segun ellos, los ingleses han cogido el Egipto y han captado su gobierno tan sólo para fundar una indígena y nacional administracion. No les ha bastado, pues, segun la prensa rusa, convencer y dominar al Egipto; lo han escarnecido tambien é insultado. Quieren rehacer un partido nacional cuya existencia negaron siempre, tan sólo para que sirva como de responsable fiador á la descarada conquista. Todo cuanto se arbitra por los

tal, cuya suerte se halla fija en el centro mismo de Europa, se apodera de Túnez, se arraiga en las líneas argelinas cercanas á Marruecos, se alza con la tutela de Madagascar, se apercibe á una guerra en Tonkin, y por todas partes se dirige al aumento de un régimen colonial que no le servirá mucho, por divertirla y distraerla del primero y más capital de todos sus ministerios, del influjo permanente, intelectual y moral, sobre toda la Europa moderna, influjo á que le dan derecho las preclaras dotes de su ingenio y la especial naturaleza de sus instituciones políticas. Por consiguiente, nos encontramos hoy con que las ambiciones por todas partes se han avivado y los temores de guerra por todas partes han crecido. Me serena y tranquiliza un poco el pensar que acaban de salir al gobierno dos hombres como Derby, enemigo de todas las intervenciones, y Dilke, de ideas verdaderamente radicales y favorables por tanto á la paz de Europa. Que la tranquilidad general no se resienta y Dios prospere la causa de la libertad y de la justicia: hé ahí nuestros votos al cerrar y concluir esta larga é incorrecta historia.

En el momento mismo de soltar la pluma nos sorprenden las noticias telegráficas anunciándonos que ha escrito un manifiesto el príncipe Napoleon Bonaparte, por el cual acaba de ser encerrado en la Conserjería. Tal ruido han armado los reaccio-

narios europeos con la especie de confundir la muerte del gran orador Gambetta y la muerte del gran principio republicano, que han llegado á creerlo así los pretendientes y han requerido las plumas para escribir sus memoriales. Pero la República funda su fuerza en la gran virtud propia de su organismo y en la necesidad social que la impone, y la justifica por medio de sus leyes incontrastables. Así es que la Cámara no ha debido conmoverse ni apresurarse á tomar medidas de proscripción. Vencidos están todos los pretendientes, sombras de lo pasado, que se desvanecen, pero ninguno tanto como el príncipe Napoleon Bonaparte. La República no debe oír sus proclamas ni saber que un despechado la mofa y la denuesta. ¿Qué le importan los ciegos al sol y los ateos á Dios?

Enero de 1883.